

Del Cielo y del Infierno
Emanuel Swedenborg



Swedenborg es uno de los más preclaros visionarios de la historia. Él fue el principal exponente en Occidente de la arcana teoría de las correspondencias, que se halla en la base del pensamiento analógico, según la cual todo en el orden natural y humano tiene una correspondencia con el orden espiritual. Mediante esta vía de conocimiento intuitivo a través de los símbolos mundanos le fue posible acceder a respuestas sobre la vida del más allá o la sede del alma. Swedenborg afirmó haber tenido una experiencia mística que le dio el poder para visitar Cielo e Infierno como Fausto, más por gracia divina y no por pacto diabólico y contar a la humanidad los secretos de la vida después de la muerte.

Nota de los traductores

Swedenborg escribió *Del Cielo y del Infierno* en latín. La presente traducción se ha realizado básicamente a partir de dos ediciones en inglés: la norteamericana, con traducción del latín de George F. Dole, *Heaven and Hell*, Swedenborg Foundation, West Chester, Pensilvania 2000, y la inglesa, con traducción de J. C. Ager, revisada por Doris H. Harley, *Heaven and its Wonders and Hell from Things Heard and Seen*, The Swedenborg Society, Londres 1958. Aunque en ciertas cuestiones terminológicas se ha seguido la versión de J. C. Ager, la referencia básica ha sido la traducción de G. F. Dole, recogién dose asimismo en esta edición española lo fundamental del aparato crítico contenido en la edición americana.

Las notas a pie de página, introducidas por letras, contienen las referencias del propio Swedenborg a su obra anterior *Los arcanos celestiales*. En estas notas recogemos entre corchetes y en cursiva las correcciones a ciertos errores en cuanto a la numeración de los pasajes, que figuraban en la primera edición en latín, siguiendo el criterio de la citada edición de G. F. Dole. En un par de casos, dichas referencias entre corchetes no van en cursiva sino en redonda, lo que indica que no se trata de una corrección sino de una adición. El mismo criterio se sigue con las citas bíblicas, que se han tomado siempre para la presente edición en español de la traducción de la Biblia de Casiodoro de Reina revisada por Cipriano de Valera.

La edición de G. F Dole contiene igualmente una serie de notas al final del texto, introducidas por números, bien del propio traductor, bien de otros dos comentaristas: Robert H. Kirven y Jonathan S. Rose. Se incluyen en esta edición aquellas que se han considerado más significativas. Las iniciales entre corchetes al final de cada nota ([GFD], [RHK], [JSR]) indican el autor de la misma.

Siguiendo el criterio de J. C. Ager se han intercalado eventualmente en el texto, siempre entre corchetes, algunos términos latinos utilizados por Swedenborg con relación a ciertos conceptos importantes que podrían dar lugar a confusión o ambigüedad.

Swedenborg no numeró los capítulos de *Del Cielo y del Infierno*. De acuerdo con el criterio de G. F. Dole la numeración se incluye sin embargo en el índice. No obstante, los estudios swedenborgianos suelen referirse a las obras de este autor indicando título y número de párrafo, prescindiéndose habitualmente tanto de la paginación como del número de capítulo. Así por ejemplo, *Los arcanos celestiales* 123 debe entenderse como el párrafo 123 de la obra citada.

Los títulos de las obras de Swedenborg se dan de forma abreviada. En las págs. 97-ss. encontrará el lector una relación de su correspondencia con los títulos completos y los datos de la primera edición de las obras respectivas.

María Tabuyo y Agustín López

Introducción

Herr Swedenborg es probablemente, entre todos los visionarios, el que ha escrito de manera más explícita. Discute, cita fuentes, aduce argumentos y causas, etc. Todo el edificio tiene coherencia y con toda su rareza está construido siguiendo un estudiado pensamiento. El libro tiene, además, tantos giros nuevos e inesperados que se puede leer de principio a fin sin aburrirse.

Carl Gustaf Tessin
Diario entrada del 4 de julio, 1760
(Sigstedt 1981, 274-275)

Pero repito una vez más mi convicción de que el *sentido* de Swedenborg es la verdad; y el deber de sus seguidores, para asegurar este sentido a los lectores de sus obras, es recoger de sus numerosos volúmenes aquellos pasajes en los que dicho sentido se exprese en términos tan claros que no pueda ser erróneamente interpretado; una introducción de 50 páginas bastaría para este objetivo.

Samuel Taylor Coleridge
Nota al margen en Swedenborg, *Heaven and Hell*
(Coleridge 2000, 410)

Emanuel Swedenborg (1688-1772) fue un hombre que siguió una doble trayectoria en su vida: una en ciencias y otra en teología. La primera finalizó en 1747, cuando abandonó su puesto en el Real Colegio de Minas de su país natal, Suecia. Con los recursos que había heredado, aumentados por un pequeño salario, el erudito de cincuenta y nueve años se marchó al extranjero, pasando mucho tiempo en Londres y Amsterdam, ciudades que conocía por visitas anteriores. Londres era la ciudad en la que en abril de 1745 había tenido una visión de «Dios, Señor, Creador y Redentor del mundo» que le permitió ver «el mundo de los espíritus, el cielo y el infierno» (Tafel 1875, 36)^[1]. Desde entonces, dedicó todo su tiempo y su energía a escribir libros de carácter teológico. El principal fruto de sus esfuerzos iniciales llegó a su conclusión en 1756 con la publicación del tomo octavo y último de *Arcana Coelestia, Quae in Scriptura Sacra, seu Verbo Domini Sunt, Detecta: ...Una cum Mirabilibus Quae Visa Sunt in Mundo Spirituum, et in Coelo Angelorum* (Una revelación de los arcanos celestiales contenida en la Sagrada Escritura, o la Palabra del Señor,... Junto con cosas asombrosas vistas en el mundo de los espíritus y en el cielo de los ángeles^[2]). Por expreso deseo del escritor, los volúmenes aparecieron sin ninguna indicación de autoría. Completada a los sesenta y ocho años, constituye la obra teológica fundamental de Swedenborg.

El docto autor podía haberse retirado entonces definitivamente, pues, en todos los sentidos, era mucho lo que había conseguido. Además, tras todos esos años de escritura, debía de estar exhausto, o al menos así cabría imaginarlo. En realidad, nada de eso sucedía. Swedenborg debió de pensar que una obra de ocho grandes tomos de exégesis bíblica, reflexión teológica e información sobre las visiones del autor no encontraría muchos lectores, al menos, no inmediatamente. Así pues, preparó varios libros más breves y menos impresionantes, algunos de los

cuales estaban basados muy directamente en *Los arcanos celestiales*. Cinco de ellos parecieron en 1758, poco después del septuagésimo cumpleaños del autor^[3]. Todos esos libros estaban en latín, impresos en Londres por John Lewis, que tenía una librería en Paternoster Row (Acton 1955, 523). Aparecieron de manera anónima y se inspiraban en gran medida en *Los arcanos celestiales*, obra hacia la que parecían querer dirigir la atención. Estos nuevos libros más breves se basaban principalmente en ciertos capítulos de *Los arcanos celestiales* donde los temas teológicos particulares están desarrollados sistemáticamente, capítulos que destacan por contraste con el interés principal del libro, que es un comentario espiritual sobre Génesis y Éxodo.

Uno de estos libros menores de 1758 se titulaba *De Coelo et Ejus Mirabilibus, et de Inferno, ex Auditis et Visis* (El cielo y sus maravillas y el infierno, a partir de las cosas oídas y vistas)^[4]. Al parecer se imprimieron un millar de ejemplares (Acton 1955, 524). Concebido como una especie de introducción a algunas ideas de *Los arcanos celestiales*, era breve, conciso y bien organizado; la pretensión pedagógica es perceptible a lo largo de todo el libro en el sencillo estilo latino, los frecuentes anuncios de lo que se examinará después y los resúmenes que puntúan el libro. Swedenborg mismo anotó el libro con referencias a *Los arcanos celestiales* y añadió a determinados capítulos unos sumarios de ciertos temas tratados en esa obra (por ejemplo, después del § 86), de manera que el lector es continuamente remitido a la obra mayor. Como texto introductorio basado en un trabajo teológico más amplio, *Del Cielo y del Infierno* forma parte de todo un cuerpo de textos. Ocasionalmente, Swedenborg se refiere también a otros escritos como *De Nova Hierosolyma et Ejus Doctrina Coelesti* (*La nueva Jerusalén*: véase *Del cielo y del Infierno* § 78) y *De Ultimo Judicio, et de Babylonia Destructa* (*El Juicio Final*; véase *Del Cielo y del Infierno* § 559), ambos

pertenecientes a la misma serie de libros impresos en 1758. Aunque pensado como una introducción accesible para «los hombres de Iglesia en la actualidad» y específicamente para «gentes de fe y corazón simple» (§ 1), *Del Cielo y del Infierno* no es una obra completa en sí misma, y todo estudio concienzudo debe tener en cuenta este hecho. Se podría decir que lo que realmente quiere expresar Swedenborg solamente se puede encontrar mediante un estudio minucioso de todo el corpus, no simplemente mediante la consideración de una parte aislada de él. El reconocimiento de la importancia del contexto de *Del Cielo y del Infierno* llevó al autor romántico inglés Samuel Taylor Coleridge (1772-1834) a garabatear en el margen de su ejemplar en latín el comentario citado anteriormente. En lo que sigue, sin embargo, no se recalca el carácter incompleto y abierto de *Del Cielo y del Infierno*, pues hacerlo presentaría inconvenientes, especialmente para los lectores que no son conocedores de la obra de Swedenborg. Por el contrario, *Del Cielo y del Infierno* se estudia como un fragmento representativo que transmite y hace resonar el espíritu y el significado de la *oeuvre* teológica de Swedenborg. Aquí se considera como si fuera una obra completa cuyo contenido puede resumirse y entenderse como una presentación coherente de la enseñanza del autor.

I. *Del Cielo y del Infierno*, un mapa del universo

La mejor forma de resumir el contenido de *Del Cielo y del Infierno* es reconstruir su enseñanza a la manera de un mapa del universo (véase fig. 1). El mundo material (*mundus*) en el que vivimos es solamente una pequeña parte de la

totalidad. Rodeado por inmensos mundos espirituales, es comparable a un pequeño principado rodeado de vastos imperios. El primero de estos imperios es el *mundus spirituum* (§ 421), el mundo de los espíritus de los muertos. Inmediatamente después de la muerte, los seres humanos se encuentran en esa región.

Después de algún tiempo, bajan a las regiones infernales (*inferna*, los infiernos) o ascienden al cielo. El cielo tiene una estructura compleja que reproduce la forma humana. En el nivel principal se diferencia en dos reinos, el celestial y el espiritual. En un examen más detallado, se divide en tres cielos: el cielo primero o cielo más exterior, el cielo segundo o medio y el tercer cielo o cielo más interior. Cada cielo consta de innumerables comunidades, y cada comunidad, de numerosos ángeles. La estructura del infierno es semejante a la del cielo, aunque invertido en relación a él. Cada comunidad del infierno está equilibrada por una comunidad del cielo entregada a una forma opuesta de amor. Toda la estructura está envuelta y animada por el Señor (*Dominus*).

En *Del Cielo y del Infierno* Swedenborg describe su mapa del universo partiendo del nivel superior, de manera que después de hablar de Dios, trata del cielo, después del reino de los espíritus y, finalmente, del infierno, en un nivel inferior. Nuestro mundo, es decir, el área central, no es tratado en un capítulo aparte, pero se lo menciona siempre que resulta necesario. La descripción que viene a continuación parte del planteamiento de Swedenborg empezando por el reino central del mapa –nuestro mundo– y avanza luego hacia los reinos que lo envuelven: el mundo de los espíritus, el cielo, el infierno y, por último, el Señor como realidad última. Pero una vez se comprende el mapa, se puede abrir el libro de Swedenborg por cualquier lugar y empezar a leer por donde se quiera.

Figura 1. Mapa del universo de Swedenborg (primera versión). En *Del Cielo y del Infierno* Swedenborg describe los diversos reinos que configuran el universo; esta descripción podría resumirse de varias maneras. El esquema aquí sugerido coloca a nuestro mundo en el centro de los reinos; compárese con la figura 2.

a. El mundo

«El mundo» (*mundus*), situado en el centro del esquema, está el mundo material en que vivimos. Este mundo se compone de numerosas tierras dispersas por el universo, de las que nuestro planeta es solamente una entre muchas (§ 417). Todas las tierras están habitadas por seres humanos. No obstante, para un objetivo práctico, basta equiparar el mundo con nuestra tierra. En la tierra encontramos la Iglesia, definida como «el cielo del Señor en la tierra» (§ 57). En el mundo, la Iglesia cristiana es responsable de enseñar a los fieles la cosmovisión adecuada, esto es, todo sobre los diversos mundos espirituales que rodean y envuelven el *mundus*. Sin embargo, las iglesias tradicionales generalmente han fracasado. Aunque *Del Cielo y del Infierno* no tenga una parte independiente que trate de este mundo, Swedenborg se refiere no obstante a él muy frecuentemente, pues todo lo que explica es para conocimiento y beneficio de quienes viven en este reino. Estructuralmente, la característica más importante del mundo es su localización entre el cielo y el infierno. Estos dos reinos tratan de influir en el mundo y en la vida de los individuos; en consecuencia, las dos fuerzas se neutralizan recíprocamente, de manera que los humanos son libres: no están forzados a someterse al mal ni tampoco al bien (§§ 597-602). Pueden decidir libremente entre el bien y el mal. En el diagrama hay que incluir una característica subrayada por Swedenborg: la influencia del cielo y el infierno sobre nuestro mundo no es inmediata, sino que se

ejerce mediante espíritus activos en el mundo de los espíritus (§ 600).

En un mundo de libre decisión, es importante ser guiado moralmente. Swedenborg tiene mucho que decir y recomendar sobre la vida correcta y la vida equivocada en el mundo y ofrece su consejo. Los temas centrales se refieren al trabajo, el matrimonio y la práctica eclesial. Una vida productiva, activa, de servicio a la sociedad es el ideal. Swedenborg previene sobre la ociosidad y el ascetismo. La ociosidad nunca hace feliz al ser humano (§ 403), y la separación de la vida activa, como sucede en las comunidades monásticas, tiende a inflar a cada uno con el sentimiento de su propia valía y le aísla así de las fuerzas divinas con las que hay que asociarse para ser feliz aquí y en la otra vida (§ 535). En cuanto al matrimonio, *Del Cielo y del Infierno* advierte contra la actitud de dominio en la relación conyugal, pues «cualquier deseo de control de uno sobre el otro destroza completamente el amor conyugal» (§ 380). El libro advierte también contra el matrimonio entre personas de religiones diferentes, pues entre ellos no se desarrolla un verdadero amor conyugal (§ 378). Incluso se ofrece una interpretación de la intimidad marital: «El placer conyugal, que es el placer del tacto más puro y delicado, supera todos los demás debido a su servicio, la procreación del género humano y, de esta manera, de los ángeles del cielo» (§ 402). En relación a la religión, Swedenborg pronuncia un veredicto sobre aquellos que piensan que la práctica y el rezo constante son el camino recto (§ 535). Conocía los límites y peligros espirituales de lo que externamente parece ser una vida santa y devota. En resumen, el mensaje ético del vidente es de optimismo: «No es tan difícil llevar una vida encaminada al cielo como se suele creer» (título de §§ 528-535).

Viviendo todavía en el mundo material, a Swedenborg se le concedieron vislumbres de los inmensos reinos que trascienden y envuelven el reino terrenal. Mientras que

en la Edad Media Dante podía presentar su visión del mundo en la forma de una narración coherente, Swedenborg prefiere una descripción filosófica, más sistemática. En muchos puntos, sin embargo, su descripción incluye afirmaciones narrativas con carácter autobiográfico: como visionario, Swedenborg conversó con los residentes de otras regiones. No hay nada extraño en esta comunicación, nos asegura, pues todos los seres que encuentra son personas que vivieron antaño una vida humana normal en este mundo.

b. El mundo de los espíritus

El mundo de los espíritus (*mundus spirituum*) es el reino que envuelve inmediatamente nuestro mundo material. Las observaciones de Swedenborg sobre este mundo pueden encontrarse bajo el encabezamiento «El mundo de los espíritus y el estado del hombre después de la muerte» (§§ 421-535). Como indica este encabezamiento, la muerte desplaza la conciencia primaria desde el mundo material al mundo de los espíritus. Durante su estancia en ese mundo intermedio, los seres humanos atraviesan varias etapas:

1. La primera puede describirse como etapa de introducción. Al llegar a ese mundo, las personas parecen seguir siendo las mismas. Se encuentran como en su vida terrenal: «...podemos hablar con cualquiera cuando queremos, con los amigos y conocidos de nuestra vida física, especialmente esposo o esposa, y también hermanos y hermanas. He visto cómo un padre reconocía a sus seis hijos y hablaba con ellos. He visto a muchas otras personas con sus parientes y amigos», relata el visionario (§ 427).

2. La segunda es una etapa de transformación. Las personas se encuentran con los ángeles, antiguos seres humanos materiales, delegados por el cielo para ofrecer ins-

trucción sobre el Señor, la existencia celestial y los valores de la bondad y la verdad (§ 548). Como receptor de la instrucción angélica, el ser humano se centra cada vez más en su actitud espiritual básica, de modo que se afirma su carácter positivo o negativo. Manifiesta sus verdaderos pensamientos, sentimientos y actitudes y así revela su verdadera naturaleza. Sucede que la personalidad de algunas personas honradas incluye ciertos elementos falsos y no depurados en cuanto a su pensamiento y orientación. Después de un período de sufrimiento semejante al purgatorio, pueden ser incluidos entre los justos (§ 513). Finalmente, las personas cambian. Se despojan de la forma del cuerpo físico, que habían recibido de sus padres, para que su propia forma interior individual, anteriormente oculta, se haga visible, una forma modelada por su naturaleza, carácter y orientación verdaderos. Las personas de carácter bueno tienen ahora un rostro hermoso, mientras que quienes siguen una mala orientación lo tienen feo (§ 457).

3. Habiendo alcanzado su forma definitiva al final de la segunda etapa, el justo y el malvado se separan para llevar cada cual su propia vida. Los réprobos pueden abandonar el mundo de los espíritus inmediatamente, arrojándose de cabeza al infierno. En cambio los justos atraviesan una etapa adicional de instrucción angélica que los prepara para la existencia celestial (§ 512).

Aunque algunas personas permanecen mucho tiempo en el mundo de los espíritus –hasta treinta años–, la mayor parte de los recién llegados encuentran pronto su particular camino al cielo o al infierno (§ 426). El camino que cada uno recorre depende de la orientación interior que se haya adoptado durante la vida en la carne y que se ha confirmado en respuesta a la instrucción angélica. Los réprobos eligen el infierno; los justos, el cielo.

c. El cielo

Del Cielo y del Infierno dedica la mayor parte de su extensión a describir el cielo y la existencia celestial (§§ 20-420). Aunque gran parte del texto se basa en nociones psicológicas y filosóficas abstractas y pueden parecer impenetrables a algunos lectores no iniciados en el pensamiento del autor, muchos se han sentido atraídos y fascinados por las vívidas descripciones del vidente del mundo de los ángeles. Los ángeles, según Swedenborg, no son otra cosa que los bienaventurados: personas que, después de haber vivido en el mundo (*mundus*) y después de haber pasado algún tiempo en el mundo de los espíritus (*mundus spirituum*), han encontrado su morada permanente en uno de los reinos celestiales. Hablando de todos los humanos, dice Swedenborg: «Hemos sido creados para entrar en el cielo y convertirnos en ángeles» (*homo creatus est ut in coelum veniat, et fiat Angelus*, § 57).

Aunque muchos se imaginan a los ángeles como «mentes sin forma», como «algo etéreo con una cierta vitalidad en su interior», Swedenborg insiste en su forma verdaderamente humana (§ 74). «Tienen cara, ojos, oídos, pecho, brazos, manos y pies. Se ven unos a otros, se oyen unos a otros y hablan entre sí. En suma, no carecen de nada de lo que es propio de los humanos, pero no están revestidos de un cuerpo material» (§ 75). Como su padre, el obispo luterano Jesper Swedberg (1653-1735), Swedenborg insiste en que los habitantes del cielo no están privados del más elemental medio de comunicación, el lenguaje^[5]. «Los ángeles hablan entre sí como hacemos nosotros en este mundo. Hablan de cosas diversas: asuntos domésticos, preocupaciones de la comunidad, cuestiones de la vida moral y de la vida espiritual», explica el vidente (§ 234). Añade que «el lenguaje angélico, como el lenguaje humano, se diferencia en palabras. Se pronuncia y se oye igualmente por medio de sonidos» (§ 235). Mientras que

su padre había especulado que los suecos hablarían sueco en el cielo pero comprenderían otras lenguas sin dificultad, Swedenborg propone la visión más filosófica de que «todos en el cielo tienen el mismo lenguaje», independientemente de su lugar de procedencia (§ 236).

En el cielo, los ángeles de naturaleza y mente semejantes se reconocen entre sí con facilidad y se reúnen para formar comunidades (*societas*). Swedenborg las describe muy semejantes a lo que puedan ser las ciudades, pueblos y aldeas de la tierra: las mayores de esas comunidades constan de decenas de miles de individuos, otras más pequeñas de algunos miles y las más pequeñas de todas de varios centenares. Algunas personas viven solas (§ 50). El vidente insiste repetidamente en el hecho de que las comunidades no se forman según una ley impuesta desde el exterior; más bien, cada comunidad celestial está constituida por el ser interior de cada miembro. En palabras de Swedenborg: «El cielo no está fuera de los ángeles, sino dentro de ellos» (§ 53). Los miembros de la comunidad celestial viven en casas; éstas son «igual que las casas de la tierra, lo que podemos llamar un hogar, pero más hermosas. Tienen habitaciones, salas y dormitorios en abundancia, y patios con jardines, bancadas de flores y césped a su alrededor» (§ 184). Las casas forman ciudades con calles, callejones y plazas «como las que vemos en las ciudades de la tierra» (§ 184).

Como antiguos hombres y mujeres, los ángeles son masculinos y femeninos (§ 366). En consecuencia, forman parejas. El compañero es atraído hacia la compañera cuando sus mentes pueden unirse en una sola. Se aman uno a otro a primera vista y contraen matrimonio. Con numerosas personas reunidas a su alrededor, también celebran una fiesta con motivo de su unión (§ 383). El Señor bendice su amor mutuo y los hace felices. Las parejas celestiales se diferencian de sus homólogas terrenales solamente en que no tienen hijos (§ 382b).